LA TRADUCCIÓN LITERARIA EN EL SECTOR EDITORIAL: LA TIRANÍA DEL LIBRO

JULIA ESCOBAR

APETI

Antes de empezar quisiera disculparme por defraudar, quizás, a quienes han venido a escucharme al no corresponder mi ponencia –o al menos no del todo– con el título inicial de la misma. Aunque al principio mi propósito era limitarme a demostrar, a través de determinados datos estadísticos, que la traducción literaria, en contra de lo que se pudiera suponer, no se lleva la parte del león en la producción editorial, las cosas se me presentaron de tal manera que me llevaron a plantear la necesidad de una nueva definición profesional de las modalidades de traducción, en particular la de la traducción literaria, al comprobar de qué manera este tipo de traducción está condicionada por el soporte en el que aparece vehiculada hasta el punto de desvirtuar su genuina significación.

Por supuesto que hace ya tiempo que los teóricos se están planteando nuevas clasificaciones tipológicas de la traducción, pero la realidad profesional y asociativa convierte a la traducción literaria en el equivalente de la traducción «de libros» y esto incluye, por muy discutible que pueda ser, la traducción científico-técnica, la traducción jurídica, la traducción de cómics, en una palabra la traducción de todo lo que aparezca bajo el formato *libro,* en vez de referirse exclusivamente a la creación literaria propiamente dicha, como sería lo normal, es decir, para entendernos, a lo que los anglosajones llaman lisa y llanamente «ficción», independientemente de su soporte. Y lo que quiero demostrar es que dicha confusión reside precisamente en el hecho de que se identifica la modalidad de traducción con el ámbito en el que se materializa, en este caso con el espacio concreto definido por «los libros», fenómeno éste al que aludo cuando me refiero a la tiranía del libro.

1. ¿CUÁNTO SE TRADUCE?

Los datos que utilizo se basan en el Análisis Sectorial del Libro, publicado en la Panorámica de la Edición Española de Libros de 1994 por la Dirección General del libro del Ministerio de Cultura. Para situarnos en el tema, empezaré por los datos globales de la edición española durante el año pasado. No pueden ser más optimistas: para empezar, nos dicen que el número de ISBNs concedidos durante 1994 ha aumentado un 3,5% respecto al año anterior que, según el propio Ministerio, fue un año atípico en el comportamiento habitual de la edición española, cuya actividad traductológica es, tradicionalmente, muy positiva. Durante 1994 se publicaron, en total, 51.048 títulos, de los cuales los títulos traducidos ascienden a 11.696, es decir, casi una cuarta parte del total de la producción editorial española, concretamente un 22,91%. De lo cual se infiere que las traducciones siguen teniendo en España un mayor peso en la edición de libros respecto a otros países europeos, aunque, según el estudio

La Palabra Vertida. ESCOBAR, Julia. La traducción literaria en el sector editorial.
Centro Virtual Cervantes

comparado que hace el *Panorama,* le sigue muy de cerca Italia donde se han traducido durante el mismo período, 11.552 títulos (en la oferta total se refleja con un 26,40%), luego Alemania con 9.854 títulos (oferta total un 14,65), lo cual es un porcentaje bastante digno, para caer estrepitosamente en Francia, con sólo 1.671 títulos (oferta total: un 4,08%). Esta disparidad da pie a ciertas reflexiones, si tenemos en cuenta que Francia ha sido siempre considerada como uno de los países más cultos y más lectores de Europa, aunque esto pueda molestar a algunas personas.

2. ¿DE QUÉ IDIOMAS SE TRADUCE?

Una vez establecido que en España la traducción sigue gozando de una excelente salud, hecho que contrasta notablemente con la actitud pesimista que adoptan determinados «agentes» editoriales en el momento de pactar los contratos, interesa ahora descender al detalle. Ya sabemos cuanto se traduce, la pregunta que se impone ahora es ¿de qué idiomas se traduce?.

Pues durante los cinco años estudiados en el informe, las lenguas extranjeras han mantenido una posición muy constante. Sigue a la cabeza el inglés como el idioma más traducido, con un 55,4%, seguido muy de lejos por el francés (13,3%), el alemán (7,5%) y el italiano (6,1%). El predominio del inglés es, por otra parte, una característica común a toda Europa, ya que en Francia el 73,35% de todos los libros traducidos en dicho país lo son del inglés, en Alemania, el 69,44% y en Italia el 52,37%. Un fenómeno muy interesante y reciente en la edición española es la traducción entre las diferentes lenguas del Estado donde destaca el castellano (11%) como idioma más traducido al gallego, euskera y catalán, seguido por el catalán (1,1%) del que se han traducido, durante 1994, 132 títulos al castellano.

3. ¿QUÉ SE TRADUCE?

Y ahora, otra pregunta también especialmente interesante para mi propósito: ¿cómo se distribuyen, por temas, esos 11.696 libros traducidos? en otros términos ¿qué se traduce? Pues esto es lo que nos contesta el *Panorama:*

Materias	Títulos publicados	Traducciones (%)
Juveniles e infantiles	4.230	44,0
Tiempo libre	3.454	39,83
Creación literaria	8.318	37,14
Otros	1.936	29,00
Científicos y técnicos	6.601	19,08
Ciencias Sociales y humanidades	18.787	16,70
Libros de texto	7.722	4,70

La Palabra Vertida. ESCOBAR, Julia. La traducción literaria en el sector editorial.
Centro Virtual Cervantes

4. MUCHAS MODALIDADES PARA UNA SOLA CLASIFICACIÓN

Si examinamos cada uno de los sectores estudiados podemos sacar conclusiones que afectan no sólo a la traducción, sino a la propia labor de creación, de la que la primera, a nadie se le oculta, depende. El sector que ha recurrido al mayor número de traducciones es el de los Libros Juveniles e Infantiles. Parece evidente, al ver el número de títulos publicados y su porcentaje en traducciones, que la literatura juvenil e infantil no tiene grandes cultivadores nacionales, aunque habría que saber si esta disparidad es debida a una inexplicable insuficiencia creativa autóctona o a determinadas políticas agresivas de las redes de distribución comercial, pero no lo digamos muy alto porque, por una vez, estas políticas son favorables a la traducción. Aquí, una vez más, el inglés se lleva la palma, con un 54,1%, luego el francés (15,2%), el castellano (11,2%), alemán (8%) e italiano (5,9%).

El segundo sector en importancia traductiva es el de los Libros de Tiempo Libre, al parecer un fenómeno relativamente reciente que, según el Ministerio de Cultura, conoció durante el año pasado un incremento de un 16,1% respecto al año anterior y un 63,85% desde 1989. Esta expansión es debida a la eclosión de libros de Fotografía, Cine, Música y Economía Doméstica que invade el panorama editorial español. Hay que indicar que en esta sección se incluyen los cómics de los cuales el 89,5% son traducciones (para 225 títulos), así como los libros de jardinería, animales, caza, pesca, etc. No nos cabe sino desearle un incremento aún mayor, por lo que significa de buena salud económica y social. Aquí, la jerarquía de los idiomas conoce un desplazamiento del francés por el italiano perfectamente comprensible hoy en día.

Y llegamos a «la guapa de la casa», la Creación Literaria, y la que debería ser el único contenido específico de lo que se clasifica genéricamente como traducción literaria. Nos asegura el informe que se ha producido un incremento de traducciones respecto a años anteriores y que si nos retrotraemos en el tiempo, se puede observar, que de un promedio del 30% de traducciones realizadas durante el período de 1985 a 1989 se ha pasado a un 37% durante el período 1990 1994. De nuevo, unos datos bastante optimistas que, como he señalado antes, no coinciden con las declaraciones de los editores y de los que deberíamos tomar nota en el momento de entablar negociaciones con ellos. A nadie le extrañará que el idioma dominante sea el inglés (67,7%), seguido a mucha distancia por el francés (12,1%), el alemán (4,3%) y –ya nos hemos referido al fenómeno– el castellano (4,2%).

El sector «Otros», aparece con pocos títulos pero bastantes traducciones. La *Panorámica* omite su análisis detallado aunque nos indica que se trata básicamente de libros de Religión, Arte y Ciencia Militar. Los autores de estas traducciones también son considerados, profesionalmente, traductores literarios.

En cuanto a la traducción Científico-Técnica, se nos asegura que en 1994 ha experimentado un descenso sintomático en el número de traducciones, siendo una vez más el inglés la lengua predominante, seguido del francés, el alemán y el italiano. Aquí, la calificación de «literarios» a sus traductores no se sostiene ni tan siquiera profesionalmente, y está relacionada con los intereses derivados de la Ley de Propiedad Intelectual, que califica de «autores» de traducciones a todos los traductores de libros con ISBN. Todos sabemos que esta modalidad de traducción, fuertemente tipificada, se practica fuera del soporte libro en una medida

La Palabra Vertida. ESCOBAR, Julia. La traducción literaria en el sector editorial.
Centro Virtual Cervantes

que desgraciadamente está lejos de ser conocida, pero que mueve mucho más dinero y muchos más intereses que los que aquí están reflejados.

Otro tanto se podría decir del penúltimo sector –los libros de Ciencias Sociales y Humanidades– donde se traducen materias tan literarias como Derecho, Psicología, Filosofía Etnología, Sociología, Geografía, Viajes, etc. En la jerarquía de lenguas, una nueva sustitución del francés como segunda lengua en importancia, esta vez por el castellano. Se termina el análisis sectorial con otra sección no literaria, la de los Libros de Textos, donde el porcentaje de traducciones es mínimo, como parece lógico y cuya jerarquización lingüística es también coherente y completamente diferente a la de las anteriores: Primero el castellano (70%), seguido del inglés (17,9%), el francés (4,7%), el gallego (4,7%) y el catalán (2,2%).

5. EL TRADUCTOR DE LIBROS NO ES FORZOSAMENTE UN TRADUCTOR LITERARIO

Como puede verse, y dejando de lado lo cuestionable que son siempre los datos estadísticos, la fría luz arrojada por las cifras muestra muchas veces una perspectiva de lo real infinitamente más compleja que las más alambicadas especulaciones de la psicolingüística. Pero a lo que yo quería llegar con todos estos porcentajes es a que el traductor de libros no siempre es un traductor literario y que obstinarse en llamar así a los traductores de libros no puede sino ser perjudicial, a la larga, para aquello que se pretende precisamente destacar: la traducción literaria. Esta ecuación traductor literario = traductor de libros tiene, creo yo, una explicación que voy a intentar desarrollar.

Mi experiencia personal como editora literaria, librera, escritora y, por supuesto, como traductora, me han llevado a destacar entre las complejidades de la profesión algunos interrogantes que todavía están por resolver y que, como se puede ver en estos foros, siempre son de candente actualidad y suscitan argumentos y palabras apasionadas. Una de ellas, como ya he dicho, es la urgente redefinición de las modalidades y de los tipos de traducción según el contenido de la traducción y no sólo según su ámbito de aplicación. Pero así como nadie tiene inconveniente en admitir que el traductor científico-técnico lo será igualmente ya traduzca para un organismo internacional, para una agencia de traducción, o para una editorial, (y lo mismo sucede con las otras tipologías), los traductores literarios se resisten a reconocer como tales a quienes practican la traducción literaria fuera del sector editorial y no tienen, sin embargo, inconveniente alguno en considerar traductor literario al traductor de un manual de informática o de peluquería canina, siempre que haya pasado por las formalidades –dictadas por criterios totalmente extraliterarios y extratraductológicos– impuestas por el ISBN.

¿Por qué sucede esto, cuando nadie pone objeciones en la especificidad de la traducción científico-técnica, por ejemplo? Porque el traductor literario, más que ningún otro, está sometido a la tiranía del libro, que es lo que le caracteriza y le define como esencialmente literario. El libro tiene un prestigio social e intelectual en el que está implicado, por supuesto, el escritor y en su caso, como es natural, el traductor. A dicho prestigio es al que los traductores literarios se aferran cuando intentan defender su diferencia respecto a los demás traductores, seducidos por unos hipotéticos derechos de autor que les equipara a los creadores *puros*,

La Palabra Vertida. ESCOBAR, Julia. La traducción literaria en el sector editorial.
Centro Virtual Cervantes

es decir, a los escritores. Hay también otro aspecto que le da al libro su puesto privilegiado en las preferencias de los traductores literarios: la actitud ante un texto literario y su tratamiento varía en función del medio en el que va expresado y no tiene el mismo alcance, incluso tratándose de un mismo texto, vehicularlo a través de un libro que de un artículo o una revista, porque ni el receptor del mensaje, que es el lector, ni siquiera el traductor se sienten igualmente implicados. Son responsabilidades diferentes, porque son tratamientos diferentes. Es más, ni siquiera, en el caso de un texto literario descontextualizado, incorporado en otro tipo de discurso, su traducción tiene la misma trascendencia ni por lo tanto, el mismo reconocimiento por aquellos mismos que practican este tipo de traducción y que prefieren estar asimilados al traductor de un libro de trajes regionales que a cualquier traductor de agencia que, sin mención alguna de su nombre, traduce ora un poema aparecido en un catálogo, ora un artículo de Anthony Burgess, ora una selección de textos para un suplemento literario.

Otra de las causas de este prestigio de la traducción literaria se refiere al supuesto papel integrador del traductor en el proceso editorial, que tiene que ver con cierta romántica y periclitada concepción de la traducción, que dista mucho de ser real. En efecto, en la cadena de la transmisión cultural, el traductor literario ha sufrido una merma de su importancia pareja, paradójicamente, al aumento del reconocimiento de su prestigio como profesional e incluso como autor, de la traducción, por supuesto.

Antiguamente, cuando todo estaba casi por hacer, el traductor era muchas veces un escritor o un profesor universitario, o un erudito autodidacto que, movido por un ansia misional, como decía el profesor Louis Truffaut, acudía a un editor que bebía literalmente su propuesta como maná caído del cielo. Ahora esto ya no es así, la masificación de la cultura, el libre comercio y el mercantilismo agudo, que invade el mundo de la edición, han relegado al traductor a un mero contratado por página o a tanto alzado, sin que tan siquiera se le pida, con contadísimas excepciones, opinión crítica sobre el texto que tiene que traducir. Y se da la situación paradójica a la que aludía antes, de que conforme aumentan la formación, el apoyo instrumental y documental, y el prestigio y la consideración profesional y social del traductor, menor es su capacidad de maniobra en la toma de unas decisiones editoriales, que afectan de una manera tan definitiva a su texto. El libro que va a traducir el independiente y autosatisfecho «autor de su traducción» lo leen otros, lo proponen otros, e incluso, lo corrigen otros, lo critican otros, personas que, tal vez, ni siquiera conocen la lengua original de la que dicho libro ha sido traducido, con las consiguientes alteraciones, quien sabe si sevicias, que ponen en entredicho la capacidad del traductor de influir en el texto al que le unen tantos vínculos. Así pues se puede afirmar que, en la actualidad, el traductor literario está más aherrojado que nunca, prisionero de una larga serie de procesos editoriales de los que él está completamente excluido, por razones exclusivamente comerciales.

Otra paradoja: quizás tenga mayor libertad de interpretación crítica, de acción de mestizaje cultural –que eso es un poco la traducción, un mestizaje entre dos mundos diferentes– el traductor «anónimo», supuestamente no literario, que tiene que traducir un texto en un catálogo de arte o en un artículo de periódico que el traductor más premiado y celebrado de todos los traductores en la actualidad. Por eso creo que habría que reflexionar sobre esa observación, tal vez reproche, que hace Cabrera Infante a sus traductores, marcando la diferencia entre un escritor y un traductor: que ahí donde el escritor se arriesga, el traductor duda. Dejando de lado que la duda del traductor es una duda más que razonable, debido a esa respon-

La Palabra Vertida. ESCOBAR, Julia. La traducción literaria en el sector editorial.
Centro Virtual Cervantes

sabilidad a la que me ha referido anteriormente, el traductor, armado de esa ciencia que precisamente se imparte en las universidades, debe aceptar el desafío lanzado por la osadía del escritor, como a un reto lanzado a la inteligencia, a la perspicacia y al talento de ese creador que todos los traductores, literarios o no, deberíamos de llevar dentro.

La Palabra Vertida. ESCOBAR, Julia. La traducción literaria en el sector editorial.
Centro Virtual Cervantes